

Cuando Burr volvió á su país, el general Washington lo colocó en su estado mayor; pero deseoso el joven de tener mando activo, renunció su puesto al lado del libertador, pasó á mandar las líneas de Westchester y á poco se casó con Teodosia Prevost, viuda de un general inglés y mujer en quien, por no ser rica, ni hermosa, ni joven, resaltaban más la portentosa cultura del entendimiento, la gracia exquisita de la conversación y la bondad nativa del espíritu. A su lado Burr fué dichoso por varios años, quedándole á la muerte de la dama una sola hija, llamada Teodosia, como la madre, y marcada por la suerte, á semejanza de las mujeres de York, para tristes y trágicos destinos.

Burr había ascendido á coronel; pero como no abrigaba idea muy elevada acerca de las capacidades militares del gran Washington, y éste no lo mirara con buenos ojos, renunció su puesto en el ejército y se dedicó á estudiar leyes. En seis meses quedó capaz para presentarse á solicitar el grado. Negáronse los doctores á admitirlo á examen, puesto que se necesitaban cuatro años de estudios; pero el altivo coronel respondió que ese tiempo, cabalmente, lo había empleado con más fruto que en leer «los cien mil libros de aquella ciencia enmarañada y torpe:» sirviendo con las armas en la mano á su país, que en días de angustia y turbación lo había llamado á su defensa; que en cuanto á su habilidad, de ella podría juzgarse después de las pruebas. Fueron éstas tan rigurosas é intrincadas como pudieron combinarlas los examinadores; pero el candidato salió avante, quedando licenciado como abogado en leyes y admitido como consultor en el foro de la ciudad de Albany.

No tardó en trasladarse á New York, donde de nuevo tropezó con Alejandro Hamilton, que acababa de dejar la carrera militar por causas idénticas á las de Aaron; pero que, á fuer de discreto y precavido, en vez de granjearse la enemistad del gran hombre, haciéndole saber la opinión que de sus aptitudes se había formado, supo atraerse su favor consiguiendo que lo ayudara singularmente.

Hamilton y Burr eran desde entonces rivales en el ejército, rivales en el foro, rivales en opiniones, y pronto debían ser también rivales en política. Y en verdad que pocas veces ha habido dos sujetos más contrapuestos y difíciles de amalgamarse. Hamilton era conciliador y discreto, conocía á maravilla el arte de vivir y estaba seguro de alcanzar un rápido encumbramiento. Hijo de un escocés ignorado, nacido en una islilla insignificante de las Indias occidentales, pobre y sin recursos, por aquellos tiempos estaba llamado ya á los puestos más elevados, pues acababa de contraer matrimonio con la bella hija del general Schuyler, jefe de una de

las dos familias que gobernaban políticamente el estado de New York; Burr casó con una viuda pobre que recibió de su marido «sólo su limpia espada por herencia.»

Elocuentes, lo eran ambos; pero la elocuencia de Burr era dura, concisa, punzante, sin distingos ni consideraciones, sin galas ni adornos: la de Hamilton era noble, reposada, llena de artificios retóricos y de elegantes y oblicuas figuras que hacían por extremo grato su discurso. Lo que Hamilton hablaba en dos horas, Burr lo destruía en unos cuantos minutos; pero sobre las ruinas que dejaba Burr, Hamilton alzaba después un gallardo castillo que era encanto de los ojos y alegría del entendimiento.

En valor podían competir; pero el de Hamilton era reposado, razonador y reflexivo, mientras que el de su émulo era fogoso, ardiente y capaz de atropellar por todo.

La entrada de Burr en la política parece la de aquellos bisontes que Chateaubriand describe penetrando en la selva americana; en cuatro años pasó de simple abogado á rival de los hombres de estado más eminentes y á presunto sucesor de Washington; y sin estar enlazado con las familias reinantes, sin contar con servicios extraordinarios á su país y sin estar ligado con ninguno de los partidos que se disputaban el poder, alcanzó una fortuna política que todavía maravilla.

No fué ésta, dice Orth, debida al prestigio de sus antecesores, nativos de Nueva Inglaterra, como pensaba John Adams; ni á bajas y tenebrosas maquinaciones, como llegó á escribir Hamilton; ni á su reputación militar, como conjeturaba Jefferson; ni á suerte loca y temeraria, como vociferaba el inconsulto populacho. Su elevación se debió á que Aaron Burr fué el primer político americano que comprendió la importancia de la organización compacta. Nada menos á Burr se atribuye el haber utilizado y puesto en pie de guerra la famosa organización de *Tammany Hall*, que todavía dura lozana y floreciente, valiéndose del influjo que ejercía sobre un tal Mooney, fundador del club.

Senador durante seis años, pronto aspiró á gobernador de New York, el estado imperio, cargo que era entonces tan codiciado como ahora, por su gran sueldo y por la representación que traía consigo. El famoso Wit Clinton ganó la elección; pero la habilidad que desplegó Burr y las fuerzas de que hizo alarde, llamaron grandemente la atención de su rival más encarnizado, el coronel Alejandro Hamilton.

Lo cierto es que los turbios manejos de Aaron, tan distantes de los que hasta entonces se habían practicado en la política americana-

na, empezaron á preocupar á todos, al grado que el mismo Hamilton escribió á Rufo King que consideraba «un deber de conciencia» (religious duty) entorpecer la carrera del terrible político.

Del mismo parecer era Washington, pues en 1794, como un con-ventículo republicano le recomendase á Burr para desempeñar el puesto de ministro americano en París, el Presidente contestó con seguridad, que tenía como regla de su administración no designar para cargo importante á sujeto cuya immaculada honradez no le constara.

Cuando parecía inminente la guerra con Francia, Hamilton fué ascendido á general y nombrado para un puesto de peligro; Burr quedó desconocido é ignorado. Todavía más, el fundador de la Unión encargó al pueblo en su último mensaje, cabalmente redactado por Hamilton, que se cuidara de las organizaciones políticas secretas y de miras torcidas, aludiendo, de seguro, á los propósitos de Burr, y á hazañas suyas como la fundación del banco de Manhattan, que parece cosa ideada conforme á los procedimientos vigentes hoy en los Estados Unidos.

Cosas eran estas que debían enardecer la lucha é inclinar á Burr al empleo de todos sus recursos; pero también Hamilton y sus amigos habían de mover los que poseían. Pintábase al partido federalista como reunión de cínicos volterianos, ateos, jacobinos y pervertidos, y á Burr como un Napoleón, un Catilina, un César, un enemigo de la libertad, en fin. El hábil intrigante fué propuesto como candidato para vice-presidente por la convención de Filadelfia, en mayo de 1800; el país entero se conmovió; el día del escrutinio, la asamblea de representantes decidió no separarse hasta que estuviera hecha la elección; todos los diputados estaban presentes, los enfermos se habían hecho conducir en canapés; uno que estaba á punto de muerte, era atendido por su mujer, y se comía y dormía en el local de las juntas. Al cabo de siete días, Jefferson resultó electo presidente y Burr vice-presidente.

Nadie ha dirigido con más habilidad y talento que éste las tareas del senado de los Estados Unidos, ni se ha visto nunca un magistrado más francamente pervertido, menos cuidadoso de las formas y más lleno de esa soltura agradable y fina que fué el distintivo de Burr durante su existencia.

Uno de sus biógrafos<sup>1</sup> púntanoslo de pequeña estatura, pues apenas alcanzaba cinco pies seis pulgadas, delgado de complexión; erguido de cuerpo y clásica la apostura de la cabeza. La boca la

<sup>1</sup> Orth, op. cit., p. 25.

tenía grande, largas las narices, pequeñas las orejas, la frente ancha en la base y angosta en el nacimiento, comunicándole este detalle un aspecto muy particular al rostro. Sus ojos eran ardientes carbones, al grado que no hubo nadie que resistiera su mirada. Reposado en su porte, lleno de aparente calma en su discurso, en sus hábitos sobrio, aquel sujeto privilegiado era á un tiempo mismo petimetre y erudito, ingenioso y reflexivo, benévolo y sin entrañas.

En 1804 aspiró de nuevo al cargo de gobernador de Nueva York, pero de nuevo fué ruidosamente derrotado; la activa labor de Hamilton traía resultados decisivos, y por consecuencia de ella atacaban acerbamente á Burr los periódicos del partido demócrata.<sup>1</sup> El perdidioso, lleno de acedia, pidió á su rival explicaciones que éste le suministró amplísimas: había ido contra el político, no contra el hombre, y daba descargos tales y tan claros, que habrían satisfecho al más descontentizado. Pero Burr tenía sed de la sangre de su enemigo, y sin admitir réplica ni espera, precipitó las cosas hasta obtener un duelo á muerte.

Años después, Burr contaba el caso al famoso Jeremías Bentham, y éste escribía en sus *Memorias*:<sup>2</sup> «Me habló de su duelo con Hamilton; estaba enteramente seguro de matarlo, por lo cual creo que el lance fué poco menos que un asesinato.» Y en efecto, Hamilton quedó gravemente herido y murió al día siguiente del encuentro; no sin declarar que tenía propósito de disparar su pistola al aire.

Aquel homicidio fríamente premeditado, el inmenso valor de Hamilton, el poder de los enemigos de Burr, la privanza que el duelo estaba adquiriendo en los Estados Unidos y que hacía temer á las gentes previsoras que llegara á propagarse tan terrible calamidad, levantaron grito tan grande, que no falta quien crea que fué Burr quien murió en los collados de Wechawken, ó que por lo menos, hubo dos muertos después de la tremenda jornada.

Es verdaderamente curioso el saber que, si Burr y Hamilton fueron rivales en política, rivales en el foro y rivales en el campo de honor, fueron también rivales en una empresa colosal y que pensaron había de immortalizar sus sendos nombres: la conquista de la América Española. Se lee en *Life of Alexander Hamilton*, libro escrito por el hijo del biografiado, John C. Hamilton, á páginas 217 del tomo VII: «Había entonces una empresa digna de un hombre de las más elevadas aspiraciones: emancipar á la América Española

<sup>1</sup> Como muestra de los ataques que en esos días se estilaban, véase la curiosísima pieza *The Battle of Muskingum, or defeat of the Burrrites*.

<sup>2</sup> Citado por James Parton, *The life and time of Aaron Burr*, vol. II, p. 170.

de un cetro colonial, teórica y prácticamente el más pesado de la tierra; capacitar á las numerosas poblaciones que la forman para establecer gobiernos de tendencias moderadas y adecuados á sus condiciones; abrir al mundo un comercio importantísimo, postrado por un monopolio opresor; apartar, una vez por todas, el único peligro serio á que estaba expuesta la Unión americana, la división del enorme territorio que se encontraba al sur de sus límites; cortar, como Hamilton decía, el *nudo gordiano* de los grandes destinos de la nación; parar el progreso de las doctrinas revolucionarias, que Francia propagaba á la sazón en aquellas regiones, y unir el hemisferio americano en una gran sociedad de intereses y de principios comunes, contra la corrupción, los vicios y las teorías nuevas de Europa; todos estos eran temas dignos del genio más grande, y Hamilton palpó claramente la importancia del movimiento. Creía que la empresa era de fácil realización, y que para llevarla á término serían suficientes diez mil hombres ayudados por los naturales oprimidos y por una marina competente. Esa fuerza habría bastado (así lo esperaba confiadamente), para que su nombre se designara por la posteridad agradecida con el título de *Libertador de la América Española*.»

## II

En ejercicio de su cargo de vice-presidente de la república, Burr siguió presidiendo el senado, tocándole participar en el jurado del juez Chace, acusado de prevaricato y falta á sus deberes oficiales, y ora porque le corriera prisa de salir lo más pronto posible en busca de la aventura que tenía premeditada, ora porque le llegaran al alma las manifestaciones de desagrado que le hacían sus conciudadanos de New York y New Jersey, <sup>1</sup> ello es que el sábado dos de marzo de 1806 se despidió de sus colegas los senadores y renunció su encargo, pronunciando en la ocasión un discurso tan elocuente, que *El Federalista* de Washington escribió que «la asam-

<sup>1</sup> Carta de Burr á su yerno Joseph Alston, fecha 22 de marzo de 1805. Habla en ella con dolorosa ironía de que en New York se le había declarado exento de los derechos de ciudadanía y de que sus paisanos de New Jersey trataban de ahorcarlo en efigie.

blea entera había llorado, no siendo poderosos los senadores para reprimir sus lágrimas, pues más de media hora transcurrió antes de que llegaran á recobrase lo necesario para poder elegir un vice-presidente temporal.»

Burr parecía muerto políticamente; pero él creyó que aquel letargo no era sino el preludio de una nueva vida, y satisfecho y seguro salió para el oeste con la intención aparente de pasar allá la primavera, pero, en definitiva, resuelto á intentar la conquista de México.

Este pensamiento ciertamente que no era nuevo para Burr: por el año de 1796, <sup>1</sup> siendo John Jay gobernador de New York, el coronel Burr tuvo con él ciertas pláticas reservadas acerca de tal asunto. Burr expresó en aquellas ocasiones su opinión sobre la América española, que, en su concepto, podría ser fácilmente ocupada después de introducirse en ella la propaganda revolucionaria. Contestó Jay que precisamente lo atrevido de la idea podía ser parte para el logro completo de ella, pues en verdad que no le parecía impracticable; y desde entonces, hasta 1805, el ambicioso Burr no dejó un instante de pensar en la manera de llevar á cabo propósito tan arriesgado como peregrino.

Y en verdad que las circunstancias eran como mandadas hacer para la realización del intento: los Estados Unidos acababan de adquirir la Luisiana, y aquel traspaso, que señaló especialmente la administración de Jefferson, aumentó, si cabe, en los hombres del oeste, que se sentían más que nunca impulsados por su prurito de aventuras, el afán de poseer tierras. Y como si quisiera azuzarlos, impacientándolos, España dictaba cada día disposiciones más y más restrictivas en lo que á sus dominios tocaba. En 9 de enero de 1804 el comandante general de las Provincias Internas, don Nemesio Salcedo, ordenaba al gobernador don Antonio Cordero que no permitiera á persona nacida la entrada á Nueva España, pues los emigrantes sólo llevaban por objeto maquinan contra los dominios de S. M. C. <sup>2</sup> El mismo Salcedo llegó á tal extremo, que en oc-

<sup>1</sup> Davis, *Memoirs of Aaron Burr*, tom. II, cap. XX, p. 376.

<sup>2</sup> *The Aaron Burr Conspiracy* by Walter Flavius Mc. Caleb, exquisito estudio que está basado en datos irrecusables y en fuentes antes no explotadas, y que me ha servido en gran manera para el conocimiento de lo que constituye la verdadera conjuración de Burr y sus trabajos respecto á México. Puede asegurarse con verdad, que antes del libro del Dr. Mc. Caleb, todo era tinieblas y confusión en esta materia, y que las ha venido á disipar el eruditísimo trabajo del historiador. A menudo citaré á Mr. Mc. Caleb, pues difícil sería decir las cosas con más tino y con más doctrina que los que él emplea.